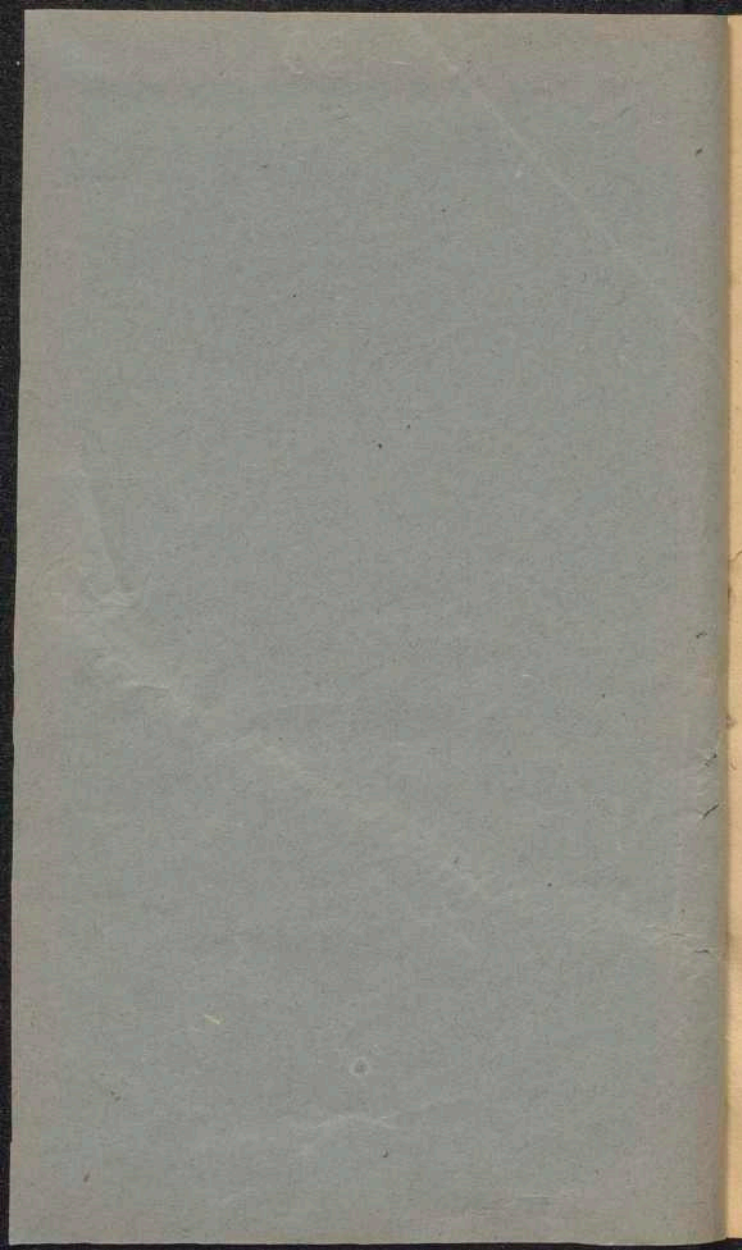




R: 44

SP- 83

Reg. 1713



SILVERIO DOMÍNGUEZ

BREVES APUNTES

PARA LA BIOGRAFÍA DEL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

D. FRANCISCO ELÍAS VALLEJO

Director que fué de la Real Academia de San Fernando  
y primer Escultor de Cámara de S. M.



MADRID  
IMPRENTA Y PAPELERÍA DE ENRIQUE BAREA  
31, HORTALEZA, 31  
1903

R. 44



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS  
BIBLIOTECA

STATE OF NEW YORK



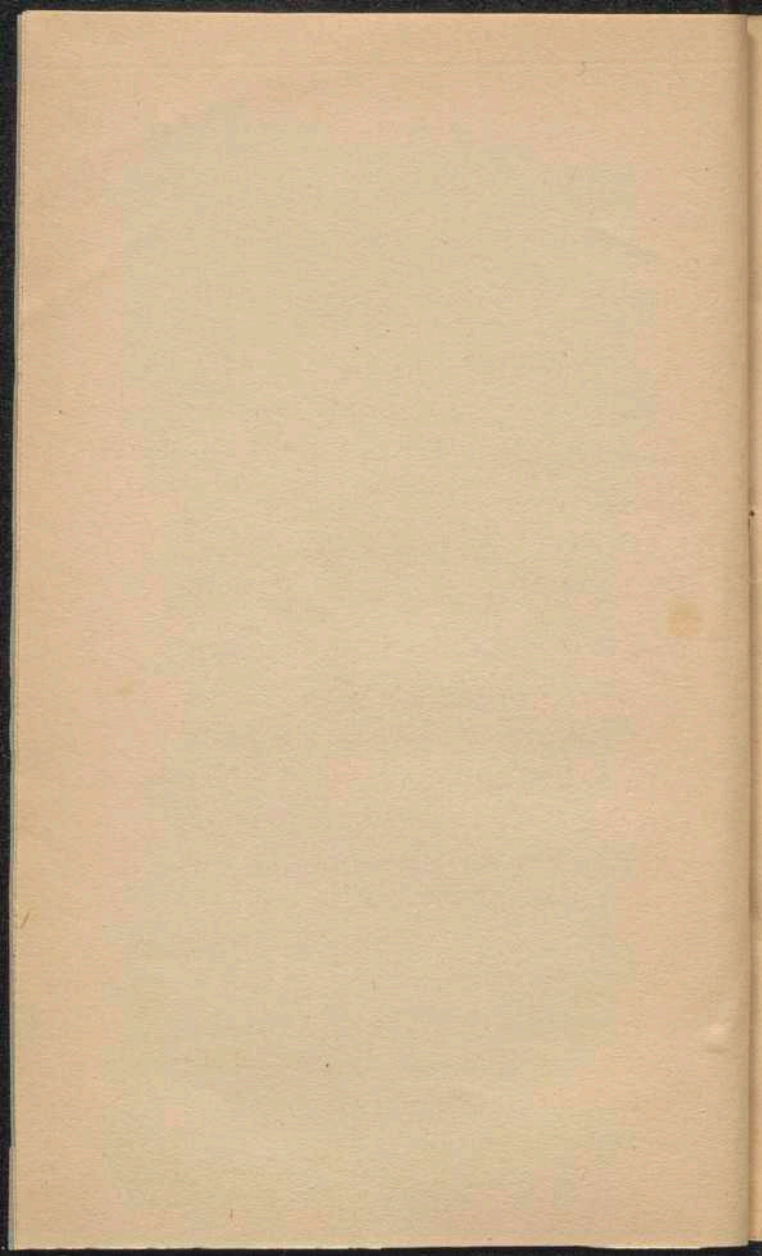
DEPARTMENT OF TAXATION

*Creo interpretar fielmente los sentimientos de mis paisanos, al publicar estos apuntes en desagravio à la memoria del Excmo. Sr. D. Francisco Elias Vallejo, Primer escultor de Cámara de S. M., y Director General que fué de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando.*

*Perdure en el pueblo la memoria del Ilustre Artista Sotoño.*

*Silverio Domínguez.*

*1.º de Marzo de 1903.*



## I

El pueblo de Soto y sus hijos ilustres.

Muy sabiamente se dice, que los pueblos que honran á sus grandes hombres, se honran á sí mismos, pues honra y no escasa recibe el pueblo que ostenta una personalidad descollante, que hace perpetuar el nombre del pueblo que lo vió nacer.

La humanidad, de igual manera que las naciones, los pueblos y

los individuos llevan encerrado en su organización la levadura del olvido, el fermento de la indiferencia y la semilla de la ingratitude, condiciones no exclusivas á determinadas razas, ni contadas zonas, es un triste y funesto patrimonio del que participa y ha participado la humanidad entera á través de los tiempos. De esta observación ha nacido el axioma de que, tanto más lastimoso será el atraso de un pueblo, cuanto más ingrato se muestre con sus hijos predilectos.

Las pasiones humanas suelen oscurecer por lo general las revelantes cualidades de un individuo, mientras su presencia, con el influjo tiránico de su saber y de su mérito, estimulan en los espí-

ritus mezquinos, el odio, el desvío y la envidia, pues equivalen á elocuentes testimonios de la insuficiencia de los demás; pero desde el momento en que el hombre superior desaparece del mundo de los vivos, se destacan con vigor sus inherentes cualidades y aparece radiante la personalidad con el brillo que le presten sus sobresalientes prendas y superiores talentos.

Cuando aparecen los genios, por muy discutidos que hayan sido en las grandes agrupaciones, no tardan en brillar con todo el esplendor de la gloria, porque la cultura reclama enseguida aquella parte de gloria que le pertenece, que le es propia, y de ella participa el ambiente en que nació y

desarrolló; pero cuando estos genios brotan en ignorado rincón de oscuro pueblo, envuelto en un ambiente de pequeñez y de ruindad propios de cerebros ineducados, su tránsito, si no despierta sobre él las bajas pasiones, no deja percibir la estela luminosa de su ser superior en aquel apartado lugar.

Poco á poco va olvidándose al ser que estimuló nuestras malas pasiones, hasta llegar el momento de borrarse hasta la noción de su existencia.

No es en verdad culpa exclusiva de mi pueblo, si como todos está sujeto á la fatídica ley del olvido y de la indiferencia, el ir perdiendo el recuerdo de sus grandes hombres, y mayormente si

estos han sido lo que pudiéramos clasificar de platónicos, por la falta de utilitarianismo inmediato para los pueblos; pasan los años en que la tradición trasmite algo atenuado acerca de él, transcurre el tiempo y va esfumándose la figura como cuerpo disolvente, y sino aparece providencialmente quien busque y encuentre el rastro de sus pasos para refrescar la memoria de los vivientes, llega el momento en que el genio, el hombre superior, entra en el montón de los innominados de la tradición, y el pueblo solo sabe por orgullo y vanidad exclusivamente, que han nacido en aquel lugar hombres eminentes, que ha tenido personalidades descollantes desconociendo quienes fueron ni menos el

mérito á que se hicieron acreedores por sus obras; bástales á los pueblos para creerse superiores á sus vecinos, con poder decir á los extraños que en su suelo especial han nacido personajes de talla y de valía, sin poder proporcionar ni noción ni detalle acerca de ellos. Lo principal es satisfacer la petulancia y la vanidad del terruño, lo demás les es completamente indiferente á ellos.

El pueblo de Soto de Cameros, se envanece, y con razón, de ser patria de ilustres varones, cuna de hombres superiores que han descollado en las ciencias y en las artes, en la milicia y en la iglesia; se enorgullece con la estirpe de sus prohombres, tiene á gala hacer alarde de esta antigua heren-

cia que le dejara el genio de sus antepasados, pero como todos, se alimenta de glorias pasadas, de las tan decantadas *inmarcesibles glorias*, y como todos los pueblos, no ha puesto empeño en conocerlos, ni menos en darlos á conocer de propios y extraños. Poco á poco va olvidando su recuerdo, y día no lejano llegará, en que por la irrupción de personas extrañas á la localidad, por el ibridismo cada vez más creciente, se borre hasta la noción de la existencia de hombres eminentes que hasta ahora habíase recordado por la tradición.

Falta por lo general en los pueblos, quien avive el recuerdo, quien avaro del tesoro que le legaran sus antepasados, emprenda

la hermosa tarea de sacar á luz los hechos de sus paisanos predilectos, para que de todos sean honrados.

Fáltales á los pueblos lo que todos debieran tener imprescindiblemente, su especie de fe de existencia, su cédula personal, ó la ejecutoria de su personalidad, la crónica de sus hechos, la biografía de sus hijos ilustres, donde no se omitiese detalle alguno: crónica honrosa que habíales de servir de provechoso estímulo y de indiscutible trascendencia.

Ya que mis paisanos han dejado trascurrir el tiempo sin emprender una empresa de esta índole, cábeme á mí, el más inepto de todos los que pudieran acometerla, el honor de intentarla, sa-

cando á luz datos y noticias de un ilustre hijo del pueblo; noticias y datos que podrían ser aprovechables para quien con mayor competencia y autoridad aborde la empresa de hacer la Biografía de Soteños Ilustres.

Para la gloria de Soto de Cameros, sobra y basta con poner de manifiesto la figura inmortal de D. Juan Esteban de Elías, fundador de las escuelas; esta figura es lo bastante para constituir el orgullo de la región; pero felizmente nuestro pueblo á más de esta gloria, ha tenido la dicha de producir ingenios que han sabido honrar la cuna de su nacimiento, enaltecendo su nombre y haciéndolo célebre en todos los ramos de la actividad humana y justo es

que les tributemos por nuestra parte, el homenaje de nuestra admiración y el testimonio de nuestro agradecimiento.

Príncipes esclarecidos de la iglesia hemos tenido, que en España y en las Américas nos han llenado de gloria. Hombres eminentes en las Ciencias han enaltecido el nombre de Soto.

Estadistas notables que en los Gobiernos y en la tribuna pública han sabido crearse una aureola de gloria y de popularidad.

En la banca y en los negocios, en el Comercio y en la Industria, personalidades de gran valía y prestigioso crédito.

En la Milicia, quien dando generosamente su sangre en holocausto de la patria, hicieron des-

collar sus prestigiosas figuras, legándonos el recuerdo de sus acciones heroicas.

En la Cátedra y en el Periódico, en el foro y en el púlpito, quien brillara por su elocuencia y su saber, destacándose entre todos los de su época.

Faltábanos por complemento una figura descollante en las Bellas Artes, y por fortuna nuestra también contamos con un artista de mérito, de revelante mérito, D. Francisco Elías Vallejo, primer escultor de Cámara de Su Majestad Isabel II y Director General que fué de la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando; la más alta distinción á que pudiera aspirar un artista en España.

Este ilustre Soteño unió á sus excepcionales dotes de artista, una modestia y una sencillez encantadoras, condiciones inseparables siempre de los hombres superiores, hasta adquirir el calificativo con que le designaban sus conocidos, de *un bendito* en toda la extensión de la palabra.

Su aparición en el mundo del arte no se prestaba para que sin excepcionales y extraordinarias condiciones, pudiera hacer destacar su personalidad; época de luchas y de agitaciones, de tremendas sacudidas nacionales en las que vibraba poderoso el espíritu español, sin que hubiera tregua alguna para dar lugar á la serenidad de espíritu que requerían las concepciones artísticas de aquella

época. El fragor de las batallas, el constante ardor de la lucha, desigual y porfiada, y las agitaciones incesantes que sacudían violentamente á nuestra patria, tenían que robar la serenidad, la calma y el justo equilibrio á quien concebía la idea sublime del arte, la expresión de la concepción estética. A pesar de este ambiente inadecuado y mal sano para el arte, nuestro ilustre paisano don Francisco Elías Vallejo, en lucha abierta y porfiada con la pléyade de artistas que bullían por doquier en aquellos días, supo elevarse por su solo esfuerzo al pináculo de la gloria, y dejar un nombre envidiable en los anales del arte español. Nuestro pueblo precisaba una personalidad de esta talla

para ostentar su grandeza en todas las manifestaciones de la actividad y del progreso humanos, y también por fortuna nuestra, puede vanagloriarse con el nombre de su ilustre escultor.

Suelo propicio el de nuestro pueblo, para que de él salgan talentos superiores, nos incumbe á todos la obligación de tener siempre preparado el ambiente necesario por medio de la instrucción y el propender con el estímulo de la imitación y del ejemplo á que no se atrofie ni degenerere el cerebro de los hijos de nuestro pueblo, y nada mejor para conseguirlo, que ponerles de manifiesto la importancia y el mérito de sus antecesores, que han sido iguales que ellos por el nacimiento.

## II

### Profanación y desagravio.

Aunque el terreno en que vamos á entrar sea en extremo áspero y quebrado, la verdad se impone, y á ella nos atenemos, convencidos de que el confesar una falta supone el arrepentimiento y el deseo de repararla.

Esto sentado, creo que sin reparo alguno podemos hacer algo de historia.

Érase una tarde del mes de Septiembre del año 1857, año memorable para el pueblo, por cuanto daba cima á una empresa atrevida que venían reclamando las necesidades del vecindario. Se colocaba la piedra que coronaba la pirámide de la fuente ornamental de la plaza; con grandes esfuerzos pudo al fin asentarse la labrada mole, ante la curiosidad de todo el vecindario que veía por fin colmados sus deseos.

La antigua fuente de los caños á pesar del caudal de agua constante, no era lo suficiente para que los vecinos de los barrios bajos pudieran utilizarla sin grandes molestias en las estaciones rigurosas, pues preferían acudir y tomar la vez en la fuentecilla

que D.<sup>a</sup> Francisca, vulgarmente conocida por la Meloncha, ponía generosamente á disposición de los vecinos, teniendo para ello abierta la gran portalada de su casa.

Por fin quedaba la plaza del pueblo adornada con un monumento de grande utilidad; la obra había resultado hermosa y sencilla: seis gruesos caños de bronce que arrancaban de otros tantos mascarones del mismo metal, vertían un caudal de riquísima agua á los pilones, de donde pasaba á los dos amplios abrevaderos, y utilizada después en el amplio lavadero.

Reclamaba para su complemento una obra de arte que le prestara carácter y la grandiosidad que

todos echaban de menos con la piedra final que acababa de colocarse.

Algo entrada la tarde, llegó al pueblo, procedente de Madrid, el prestigioso vecino D. Esteban Herrera, y pronto se supo que traía una estatua para la fuente, estatua donada por el escultor de Cámara de D.<sup>a</sup> Isabel II, D. Francisco Elías Vallejo. Aquella fué la vez primera que oí pronunciar el nombre del célebre Soteño, y primera vez que hirieron mis oídos las deidades paganas, pues era la diosa Cibeles la que acababa de hacer su entrada triunfal en mi pueblo.

La curiosidad popular hizo que la casa de D. Esteban Herrera se viera inundada por gentes de to-

das clases y condiciones, impacientes por ver y admirar el donativo del afamado escultor.

Entre aquella multitud y acompañado de otros chicos, me encontré contemplando una estatua bronceada, con un manto verde oscuro casi negro, que llamó poderosamente mi atención.

Yo, que apenas había cumplido cinco años, sólo había visto las imágenes cristianas que en profusión adornan la iglesia y las ermitas de mi pueblo, imágenes de mayor ó menor mérito, todas ellas impregnadas de ese convencionalismo de todos conocido, que lo mismo pueden servir para un San Julián, como para un San Doroteo; al tener delante de mis ojos la Cibeles, yo no se que clase

de impresiones experimentaría, pero es lo cierto, que se fijó tenazmente mi atención en los plegados de la túnica y manto de la diosa, que me parecieron una cosa muy distinta al plegado de los mantos y túnicas de los santos.

Encontraba una gracia que habría por primera vez mi sensibilidad, sin que, como es natural en aquella edad, pudiera expresar lo que sentía.

De la Cibeles, sólo puedo recordar que tenía una llave en la mano, y que la cabeza y el cuello tenían una gracia cual yo no había visto hasta entonces.

Como se dijera por todos en el pueblo y por los pseudo-eruditos á la violeta, que la Cibeles era la diosa de las aguas, y como estaba

dedicada á ornamentar la fuente, por tal se la aceptó; pero no fué más adelante poca mi admiración cuando aprendí, yo no se donde, creo que en los anales de Salustio, que la Cibeles era nada menos que la madre de Júpiter, la esposa del feroz Saturno, que se comía vivos á sus hijos; que esta diosa estuvo representada durante siglos por un trozo de piedra en forma de cubo. Supe también por las traducciones de los clásicos latinos, que con motivo de la entrada de Aníbal en Italia, los romanos consultaron el oráculo, el cual manifestó que no sería posible vencer al enemigo ni estorbar su marcha, sin que se tuviese en Roma á la madre de los dioses, es decir, á la Cibeles, y

presurosos acudieron los romanos á Pesinonte donde la tenían en gran veneración y estima, consiguiendo se la cediesen ante el peligro que les amenazaba. La diosa hizo su entrada triunfal en la ciudad del mundo, y con gran pompa y ceremonial suntuoso, la depositó Escipión en un templo del monte palatino. Esta Cibele famosa, era nada menos que un informe y colosal aereolito con que se la representaba.

Me acordé en el acto de la Cibele de la fuente de mi pueblo, y quedé descorazonado; la personalidad del escultor D. Francisco Elías quedó mal parada ante mi pseudo-erudición mitológica, y á pesar de aquellos primorosos plegados de la túnica, reputé, con toda

la audacia que presta la ignorancia, de garrafal desatino la representación de la diosa consabida.

No habían trascurrido cuatro años de colocarse la Cibeles en la fuente, cuando... (verguenza da el confesarlo) los zulús populares que desgraciadamente no han escaseado en los pueblecillos de la región, poco conocedores de la mitología y sobrados de barbarie, sin ley de Dios ni de los hombres, y sin respeto al nombre del artista Soteño, sin respeto á la propiedad agena, decapitaron ferozmente á pedradas aquella obra de arte, única que el pueblo tenía para su adorno principal, sin que fueran castigados cual merecían los salvajes ejecutores de acto tan reprochable.

Yo me acuso públicamente de no haber sentido por aquel entonces la indignación natural que el acto debió causar en toda persona dotada de sentimiento; no se si por participar del salvajismo dominante, ó porque pensara que aquella estatua ni era la diosa de las aguas como equivocadamente se nos dijera, ni menos la representación de la Cibeles mitológica.

No tardaron por igual procedimiento en desaparecer los brazos y con ellos la llave simbólica, y quedó por algunos años (como más resistente á las feroces pedradas) aquel tronco que me encantaba con los plegados tan graciosos y naturales.

Andando el tiempo vine á sa-

ber que se representó por los latinos á la Diosa Cibeles en forma de una bella y arrogante matrona coronada de encina, con una llave en la mano y tirada ó no en un carro por soberbios leones.

El golpe que recibió mi amor propio, acabó de pulverizar mi antigua erudición, y la serena figura de D. Francisco Elías se presentaba muchas veces delante de mí, como pidiendo reparación por mi irreflexiva pedantería y por mi falta de justicia.

Impaciente corrí á mi pueblo terminado el curso, dispuesto á venerar los restos de aquella obra de arte, y maldiciendo de aquellos bárbaros mutiladores, pero no fué poco mi asombro cuando al buscar aquellos restos que ya con-

sideraba como sagrados, tuve la pena y la vergüenza de ver que habían también desaparecido por el mismo procedimiento, sin que aquellos desgraciados hubieran dejado ni siquiera el zócalo en que descansaba la estatua.

La profanación había sido completa, el ultraje inferido al artista Soteño, tan bárbaro como impío, el pueblo se había cubierto de vergüenza, y era preciso, se imponía, una justa reparación; como el artista hacía años que había muerto, y en el pueblo no parecía entenderse mucho de estas cosas, nada pudo hacerse.

Yo por mi parte tuve que limitarme á recordar con placer aquella primera estatua que había honrado á mi pueblo, y á indignar-

me por el procedimiento salvaje de que se habían valido para exterminar como á una alimaña, la obra de un Soteño ilustre, de un artista eminente, del que podía enorgullecerse mi pueblo en justicia.

La figura de D. Francisco Elías se ajigantó en mi fantasía y formé el propósito de desagruar como y cuando pudiera, su memoria; y héme aquí, aunque tarde, dispuesto á cumplir mi promesa, presentando á las nuevas generaciones al escultor insigne, para que sea de todos honrado, para que todos le paguemos la deuda que con él teníamos pendiente, para que en parte se neutralice el ultraje que le inferimos, y para que saldada la deuda po-

damos regocijarnos y presentar como timbre de gloria al ilustre Soteño D. Francisco Elías Vallejo.

La barbarie de los pueblos suele excusarse por los apáticos y los indiferentes con el consabido estribillo de *¡Son cosas de muchachos!* por ser éstos por lo general los que irreflexivamente llevan á cabo los actos de esta naturaleza, pero el estribillo no absuelve á nadie, por cuanto al realizarse quedan impunes en absoluto, por que ni la autoridad del pueblo, ni la autoridad paterna ejercen la más mínima influencia para condenar el hecho escandaloso, ni menos castigarle con el rigor que exigen la justicia y la vindicta pública.

El lamentable atraso en que los pueblos se encuentran, obliga á todo patriota, á toda persona de buena voluntad, á proporcionarles los elementos indispensables de la instrucción y educación que les falta, de la cultura que tanto necesitan, para que dejen de ser y de obrar como pequeñas fieras, como salvajes librados á sus fieros instintos, y sean lo que deben ser, respetuosos y agradecidos con sus benefactores, y hasta estimularles los actos de nobleza y de elevación que el hombre educado tanto se complace en prodigar.

Los pueblos sumidos en el atraso y en la ignorancia tienen derecho á que las personas cultas y amantes de su patria acudan á

sacarles del estado miserable en que se encuentran, y criminal será quien trate de estorbar el cumplimiento de esta santa obra de misericordia.

Cuando en nuestro pueblo sepamos honrar debidamente á los hombres ilustres, cuando nos envanezcamos de sus obras, cuando la envidia colectiva la hayamos hecho desaparecer, cuando imperre el respeto, entonces habremos conseguido el bello ideal que todos debemos perseguir sin tregua ni descanso.

A esta cruzada estamos llamados á combatir todas las personas caritativas y todos los hombres de buena voluntad.

¡Todo por la cultura y adelanto del pueblo!

### III

#### El Arte y el Artista.

Las bellas artes como manifestación sublime del espíritu, como representación de la idea estética, exigen para su cultivo condiciones muy especiales que no á todos se digna conceder la naturaleza.

La exquisita sensibilidad y la serenidad del espíritu, tienen que encerrarse en una organización tan justa y perfectamente dis-

puesta, que la menor falta de equilibrio armónico, trunca y trastorna la representación estética.

Del Quirinal á la Roca Tarpeya no hay más que un paso: de la obra de arte al desvarío artístico, sólo media una inmoderada tensión del sistema nervioso, unas cuantas vibraciones de más, que han borrado la armonía y producido el dislocamiento.

Muy pocas son las organizaciones perfectamente equilibradas, y por esto son tan contados los verdaderos artistas. Pero aun en el caso de ser uno de los elegidos por la madre naturaleza para dotarlo de cuantas condiciones orgánicas exige su temperamento artista, ni á todas horas, ni en todos los mo-

mentos ha de poder disponer del equilibrio armónico, porque dentro de sí bullen impetuosamente las ideas y las pasiones, y de aquí la desigualdad de las obras, al lado de una maestra otra que no lo es, por eso son tan contadas las obras perfectas (relativas se entiende) que un gran artista haya producido; tiene que coincidir la producción con el momento de oportunidad invariablemente.

Hay quien dispone de una exquisita sensibilidad para robar los secretos á la naturaleza: hay quien concibe la idea artística, noble y esplendorosa que bulle en su cerebro, agita el alma del artista que es sacudido por estas excitaciones que torturan al genio, y al tratar de hacerlas reales y tangi-

bles, se agolpan atropelladamente y se precipitan rompiendo la armonía del espíritu, y la idea artística es, por así decirlo, magullada y destruida, y viene á resultar un engendro que sólo ha servido para atormentar la mente y desequilibrar el sistema nervioso del desgraciado artista.

Pero cuando surge la idea de lo bello inundando al espíritu con sus incitaciones regulares, y se le da vida y alma con un equilibrio perfecto de su ser, con una serenidad armónica que ni perturba ni quiebra la tensión, entonces las vibraciones se irradian y se exparcen regulares, la organización se inunda de la íntima sensación que produce la belleza, y la obra artística queda ejecutada,

transmitiendo á todos los que la contemplen cual si fuere un inagotable efluvio del placer, el deleite que produce la armonía del conjunto, la hermosura del detalle y lo grande y preciso de la representación de la idea que presidió á su creación.

Para estas luchas entre el espíritu y la materia, se precisaría la organización de un Dios para que no sufriera detrimento alguno; poseer el escudo que le preservara de los rudos golpes que recibe incesantemente, porque sin estas condiciones sobrenaturales, la organización del artista se perturba, se desgasta, se agota y se destruye, á fin de producir entre los mortales las delicias de lo bello, y para producirlo es á expensas

de su propia individualidad, á expensas de su ser orgánico, que tarde ó temprano tiene que ser la víctima de su sistema nervioso.

¿Quién sería capaz de percibir la insignificante línea divisoria que separa al genio de la locura, si es que hay separación? ¿Quién sería capaz de distinguir entre el desequilibrio apenas perceptible entre los rasgos del artista de genio, y la perturbación inapreciable hasta para los psicólogos?

¿Qué artista no percibe tonalidades engañosas y falaces? ¿Quién no recibe la impresión de una línea imaginaria que desnaturaliza su pureza? ¿Quién no ha visto de cuán distinta manera ejecutan varios artistas indiscutibles, una obra determinada é igual para

todos? Muchas veces se sospechará la causa que determinan estos fenómenos, pero casi siempre son originados por imperceptibles secretos que se esconden al análisis, en las profundidades de la retina, en las células del cerebro.

Si digno de consideración y de alabanza es el ciudadano austero que traza los derroteros por donde debe marchar la sociedad, si digno de encomio es el hombre de ciencia, y de igual manera todos los que tiendan al progreso humano, no lo es menos en verdad y en justicia, el que elevando al espíritu humano hasta las regiones divinas, da forma y crea las concepciones del cerebro, para enaltecer las acciones, para perpetuarlas y para inundar de gozo y de deleite

á la humanidad, á expensas de su propia naturaleza, que ofrece generoso con el ideal artístico.

El artista precisa á más de una organización perfecta que le permita traducir con fidelidad sus internas impresiones, estar dotado de un talento superior, talento indiscutible que ayude al fuego sagrado de la inspiración de donde tienen que brotar sus obras.

Técnico, hábil y poseedor de todos los recursos del arte, tiene que dar vida y expresión á lo inanimado, al bloque de mármol ó al pedazo de tela, tiene que sorprender el movimiento de la acción y de la vida, tiene que expresar con ellos la idea que agite el ser, tiene que imprimirle el gesto y la expresión, tiene que traducir en todo el

ser la emoción apropiada para que el todo y las partes resulten en perfecta armonía con la idea que representan.

No se traduce la alegría y el placer, el dolor y el espanto con contraer y dilatar los músculos que animan el semblante, no; toda la organización participa, y tiene que participar, de estas emociones en el grado de perfección con que se nos presenta la realidad, si la obra ha de resultar perfecta.

El artista escultor, si bien no tiene el escollo del escorzo y del color para la producción de sus obras, en cambio tiene que ser en absoluto esclavo de la pureza y perfección de la línea.

Obras inmortales de pintura, que son, han sido y serán el en-

canto del arte, adolecen de correcto dibujo, no tienen la línea armónica, pero descuella el colorido hermoso en medio de la composición, y nada pierden de su mérito.

En cambio la escultura, sin el recurso del colorido, la menor desviación destruye la armonía, y no salva la obra el primor del detalle.

El artista por su misión tiene derecho á ocupar lugar preferente en la sociedad, porque como ninguno sufre las torturas de la envidia, del indiferentismo y del amor propio, que son las más crueles.

La delectación artística con ser tan grande y tan intensa como es, que por sí sola basta y sobra al artista de raza, al artista de cora-

zón, para igualarse á los dioses, se ve amargada de continuo por el indiferentismo y por la incultura y por la falta de ambiente en que sus obras se presentan.

Entre nosotros desgraciadamente, y aunque cueste el confesarlo, puede expresarse con exactitud nuestra incultura por medio de una nota satírica demasiado cruel, que hace años llamó poderosamente mi atención.

En medio de exuberante vegetación por donde se desparraman chorros de luz que producen tonalidades encantadoras, con un panorama grandilocuente que testifica el inmenso poder del creador, encuéntrase sentado delante de su caballete un artista en pleno período de inspiración; traslada al

lienzo el encanto con que le brinda la madre naturaleza, se halla trasportado al mundo de la poesía, y no ha sentido á un zafio paleta que contemplando asombrado (no la obra de arte), sino al artista que se pasa las horas muertas sentado delante *de aquello!*... y tomándolo por uno de tantos holgazanes papa moscas, exclama con indignación para su coleta: *Da ripunancia ver esto!*... *¿Pa qué labrá dao Dios esos remos á este mostrenco?*...

Y el paleta se retira iracundo para no dar al traste con el artista y la obra que está ejecutando.

¡Cuál no será la tortura del artista al observar el desvío y el desdén que se conceden á una obra

hija de su espíritu, que irradia encanto y verdad!...

¡Cuál no sería su tormento al no encontrar quien la comprenda, quien la avalore y que sobre ella pasen la estupidez y el idiotismo, la superficialidad y la petulancia, arrojándole una mirada de conmiseración y lástima!...

¡Cuál no será su sufrimiento al recibir en lo más vivo de su ser los dardos envenenados de la envidia, dardos lanzados por sus hermanos en el arte, dardos que no le faltarán jamás hasta su muerte!...

La envidia colectiva é individual de clase es más virulenta y porfiada en los cultores de las bellas artes, por una de tantas aberraciones de nuestra naturaleza.

El artista todo sentimiento y abnegación, cerniéndose en un mundo imaginario de poesía y de placidez, abandona y desprecia el utilitarismo práctico de la vida, como realmente incompatible con el idealismo de su ser, y á pesar de remontar tan alto su vuelo, desciende lastimosamente por lo general al tratar de avalorar el mérito de una obra y hasta la personalidad de un compañero en el arte.

En vano tratará con una educación exquisita de vencer las inclinaciones atávicas que le arrastran á la depreciación, se verá irresistiblemente empujado á señalar sin piedad los defectos que, por ser obra humana, ha de tener toda producción, y tratará con

buenas ó malas artes de restarle parte del mérito que pueda encerrar, sin conmiseración alguna.

No se trata en este fenómeno de una consecuencia necesaria de la rivalidad, concurrencia *Pro pane lucrando*, no: es una impulsión, la mayor parte de las veces inconsciente, de la que no se ven libres ni muchos de los artistas á gran altura colocados.

Esta triste condición acibara la vida de artista, que de todos se ve perseguido, y no encontrando en algunos casos, ni aun en el seno de la más íntima amistad la compensación á tanta tortura.

Para el artista no hay tolerancia ni consideración mientras viva, hay que herirle en lo más doloroso de su ser, en su amor pro-

pio, y se le hiere á mansalva (aunque después de muerto se le glorifique), y se le amarga la vida, consiguiendo en muchas ocasiones dejarle inútil para el arte, cambiando su individualidad, en un pobre hombre lleno de amargura y desaliento, del que huyó para siempre la poesía y el encanto, que debían saturar su fantasía para la producción de obras artísticas.

¡Cuál no será la desesperación del artista cuando á cada paso sienta herido su amor propio por un *quidam* que tal vez no contenga más de trescientos gramos de cerebro en su mollera!

¡Cuál no será el suplicio que experimente al sentir bullir en su cerebro la concepción artística

que agita todo su ser, y al querer expresarla cual la siente, le es imposible traducirla con fidelidad, se encuentra impotente para hacerla real, para darle vida á pesar de la lucha que sostiene.

El artista es más que digno de consideración; es y debe ser la representación más genuina de la sublimidad del espíritu y gozar de preeminencias y distinciones como el más acreedor á la consideración de los ciudadanos, porque cual ninguno da honra y brillo á su nación y á su época.

El siglo de Pericles no hubiera en justicia podido denominarse así, si le hubiera faltado la excelsa figura de Fidias.

El artista es digno de especial distinción, porque su vida entera

es un continuado tormento, es un perenne suplicio, que sereno brinda á la humanidad, para que pueda disfrutar de los inefables goces que proporciona la belleza, la estética, el arte en fin.

---

Sobrados títulos me parecen, para que el artista Soteño don Francisco Elías, ocupe entre nosotros sus paisanos, uno de los lugares más preeminentes.

---

## IV

### Noticias biográficas.

De las averiguaciones que hemos practicado en busca de datos y noticias que pudieran ilustrarnos acerca de la vida de nuestro ilustre soteño, poco es lo que hemos conseguido para hacer una biografía sin vacíos ni lagunas en el curso de su vida; desaparecidos sus hijos y deudos más inmediatos, que son los que nos pudieran

haber ayudado con precisión y certeza al logro de nuestro cometido, sólo un anciano afine al célebre escultor, ha tenido la galantería de facilitarnos algunas interesantes noticias, pero que no son bastantes para salir airosos de nuestro empeño.

D. Francisco Elías Vallejo, nació en el pueblo de Soto de Cameros, provincia de Logroño, el 4 de Octubre del año de 1782; así lo vemos en la partida de bautismo que tenemos delante y que rectifica el error en que incurrió el Diccionario Biográfico de Artistas españoles al citar su nacimiento un año después.

De una familia pobre y honrada, todos naturales y descendientes de Soto, vino al mundo para

perpetuar el glorioso y tradicional apellido de los Elías, de los que tan grata memoria conserva el pueblo y la región

Nada hemos podido averiguar que con él se relacione sobre sus primeros años, es lo más lógico el suponer que sus padres, careciendo de bienes de fortuna, se verían precisados á ganarse el sustento en la fabricación en boga por aquel entonces en Soto, y que en alguna de tantas fábricas de paños acompañaría á los que le dieron el ser, al propio tiempo que aprovecharía las lecciones de algún maestro de primeras letras, que aunque trabajosamente, sostenía el vecindario.

Niño de once á doce años, sabemos que mostraba sus inclinacio-

nes escultóricas, trazando en sus ratos de ocio y de recreo figuras en el barro y la madera, que revelaban sus condiciones para el arte.

Nada comunes debieron ser sus primeros trabajos, cuando sin guía ni dirección, sin modelos ni estímulos llamaron la atención de las gentes de mi pueblo, y de boca en boca corría el comentario diario acerca de la habilidad del chico, entretenido en modelar figuras cuando sus compañeros corrían de cerro en cerro, de huerta en huerta, ó correteaban por calles y plazas con la libertad propia de los muchachos de pueblo.

Las aptitudes del niño Francisco Elías despertaron la curiosidad de las personas ilustradas, y entre

ellas la de un venerable sacerdote, que mucho deploramos no conocer su nombre, el que observando aquella disposición natural, y aquellas singulares tendencias para el arte, no tardó en estimularlas con notable acierto, sino que comprendiendo el partido que pudiera sacarse de ellas con el estudio, adivinando al artista soteño, lo tomó bajo su protección y lo envió á Madrid con una pensión de tres reales vellón diarios, para que en la escuela de San Fernando hiciera los estudios necesarios.

Esta noble conducta del digno sacerdote es un poema, porque bien claramente demuestra que no debía estar muy sobrado de caudales, y patentiza la cultura y penetración de tan caritativo señor,

que supo adivinar al egregio artista que tanto había de honrar á su pueblo y á su nación.

¡Qué transcendencia para el arte, han tenido estos providenciales Mecenas, y cuánto tiene que agradecerles la humanidad!...

Sin ellos permanecerían ignorados muchos ingenios que han impulsado á la humanidad por las vías del adelanto y del progreso.

Con su pensión de tres reales vellón, no era posible que el joven Elías hiciera frente á las necesidades de la vida en la corte de España, y fácil es el conjeturar que se vería precisado á ayudarse con su trabajo en uno de tantos talleres como por aquella época existían en Madrid; talleres en donde se admitían aprendices dispuestos

para la mecánica de la escultura, á cambio de la comida que se les daba.

Estos comienzos fueron la base y cimentación de muchos artistas célebres, desde que el arte surgió del cerebro humano: en esos talleres se formaron muchas de las glorias legítimas de España, y siguiendo la tradición, de ellos había de salir nuestro escultor, sin que hayamos logrado saber el nombre del artista á cuyo lado dió sus primeros pasos.

De cómo haría su carrera en la escuela de San Fernando, fácilmente se comprende á juzgar por sus hábitos y decididas tendencias, que sería de una manera brillante, que trabajaría sin sosiego ni descanso, impulsado por ese

secreto resorte que anima á los artistas de corazón, á los predeterminados para ser honra de su patria, á los que al nacer, la naturaleza deposita en su cerebro y en su corazón el germen de la poesía y el encanto de la belleza, germen que no se inocula ni con el estudio ni con la imitación, germen que forzosamente tiene que traerlo el artista entre las células de su organización, para que el estudio y la dirección apropiada le presten condiciones especiales de desarrollo y de vida, y así producir en campo abonado, en cultura propicia, los frutos exuberantes que le sean característicos y peculiares.

Suponiendo que nuestro escultor no saliera de su pueblo natal

hasta haber cumplido de quince á dieciséis años, vemos que antes de los nueve años de empezar sus estudios en la Academia de San Fernando y cuando apenas cumplió los veinticinco de edad, obtuvo el 2.º premio de la primera clase en medio de una notable competencia; primer premio que fué el primer peldaño de su gloriosa carrera.

Rápidos debieron ser los progresos de D. Francisco Elías en los seis años siguientes y envidiable la reputación que alcanzara, por cuanto el año 1814 fué nombrado individuo de mérito de la Real Academia, adquiriendo la docta corporación el notable grupo que labró con tal objeto y de que se hace mención en otro lu-

gar, distinción honrosísima solo concedida á los artistas de positivo mérito y de revelantes condiciones.

Por este tiempo, y viendo asegurado su porvenir, trató de constituir un hogar y una familia, y contrajo matrimonio con una señorita distinguida de la corte, Doña Juliana Burgos Montalbo, de cuyo matrimonio nacieron sus hijos D. Francisco, Doña Elvira y Doña Encarnación.

No debió dormirse sobre sus laureles nuestro artista ni contentarse con las distinciones alcanzadas, por el contrario, debió redoblar sus esfuerzos y afianzar más y más su fama, pues á los cuatro años, el 7 de Abril de 1818, fué agraciado con la plaza de teniente

Director de Escultura en la Real Academia, puesto que elevó su nombre á la altura de las celebridades de su Patria, y lo puso en condiciones de revelar en pleno todo su talento y grandes aptitudes.

Y debió desarrollarlas tan cumplidamente, que el 8 de Junio de 1830 fué nombrado Director de Escultura, como la más culminante demostración de su mérito, y la sanción más patente de haber conquistado el primer puesto entre los escultores de España.

Por su taller de la calle del Fúcar, esquina á la del Gobernador, desfilaron todas las celebridades de la época en las ciencias y en las artes, en la política y en la milicia, atraídas por la fama del

célebre escultor, sin que este encumbramiento influyera en lo más mínimo para cambiar su carácter y sus condiciones de hombre modesto y sencillo.

Conservaba una timidez y un candor tales, que cautivaban no menos que su trato afable y bondadoso y que conservó inalterable hasta su muerte, sin que la altura en que se vió colocado le mareara ni desvaneciera, como nos lo manifiesta un venerable anciano que le conoció.

Era un hombre en extremo modesto que no conoció el orgullo y que se complació en hacerse agradable á todo el mundo, prodigando cuantos servicios y favores se le solicitaron.

Elevándose su genio á las altas

esferas del arte, y tenido y con justicia como el representante más genuíno del arte español, como la figura más descollante de su época, se le encargó la Dirección General de la Real Academia el 23 de Enero de 1841, alcanzando con esta distinción el colocarse en el pináculo de la gloria, donde tan contados han sido los españoles ilustres que hayan podido escalar.

La reina D.<sup>a</sup> Isabel II quiso premiar por su parte al gran artista Sotelo, siguiendo así las tradiciones de la corona de España, y lo nombró su primer escultor de Cámara, al mismo tiempo que desempeñaba la Cátedra de composición y modelado por el natural.

Ya se hecha de ver en sus obras

el influjo de esta enseñanza, en la que fué consumado maestro, pues en sus composiciones, siempre llenas de gracia y majestad, con aquella fantasía elegante de sus asuntos, se vé el modelo vivo y palpitante, se nota el movimiento que hasta entonces solo habíase traducido con el maniquí, y por eso se resentían muchas obras de rigidez y de desgabo, de aquel convencionalismo en los plegados, siempre duros y sin elegancia, que solo con el modelo del natural podíanse obtener cual correspondía á la verdad.

También tuvo el honor de dirigir la escuela de dibujo y modelado de la Platería de Martínez, y de que nos ocupamos en nota aparte, á la que imprimió como era

natural los destellos de su genio y el sello de grandiosidad que alcanzó.

Veíase por aquel entonces halagada su vanidad de padre al contemplar desdobladas en su hijo Francisco Elías Burgos las cualidades artísticas de su temperamento, como modeladas por él con el amor que solo un padre puede sentir; recreábase con los lauros que empezaba á conquistar en el mundo del arte.

El joven escultor sellaba con su talento la fama del padre y no desmentía la raza, augurando proseguir las glorias de la familia, y ser una legítima esperanza de la escultura.

Fué nombrado individuo de mérito de la Real Academia, y sus

obras eran estimadísimas y celebradas por todos. Descollaban entre ellas *La Muerte de Epaminondas*, *el busto de su señor padre D. Francisco*; *Cain dando muerte á Abel*, y el primoroso bajo relieve que llamó la atención general, *Priapo á los pies de Aquiles*, *pidiéndole el cadáver de Hector*.

Se le nombró profesor de escultura, y cuando entraba en el período en que había de remontarse á las alturas de la celebridad, y cuando su padre D. Francisco, como padre amante y cariñoso se llenaba de placer y satisfacciones, recibió un rudo golpe que le hirió en lo más hondo de su ser. El 19 de Septiembre de 1848 veía morir á su hijo á la temprana edad de veintidós años.

La muerte prematura de su malogrado hijo le causó tan honda pena, que vaciló su temperamento, pero como hombre superior y de elevado criterio que vivió del arte por el arte, cerniéndose en esa atmósfera de idealidad propia de los genios, en el arte ahogó la pena que le agobiaba produciendo obras y más obras sin tregua ni descanso.

No bien repuesto del quebranto y cuando el arte había neutralizado su profundo dolor, otra pena amarga y cruel vino á sumirlo en un profundo abatimiento, viendo lanzar el último suspiro á su esposa, á la fiel compañera de su vida, el 31 de Enero de 1857.

De edad avanzada, no pudo sobreponerse al dolor que la des-

gracia le produjera; decayeron sus fuerzas, se abatió su espíritu, y se le veía vagar triste y acongojado sin rumbo ni dirección como hombre que ha perdido la noción de su ser.

Así anduvo arrastrando una vida de pesar y sufrimiento hasta que al año siguiente, el 22 de Septiembre de 1858, le sorprendió la muerte en Madrid en su casa de la calle de Fúcar, esquina á la del Gobernador, á los setenta y seis años de edad, entregando su alma al creador como un justo y rodeado de sus dos hijas y deudos.

Dotado D. Francisco de un carácter en extremo afable y cariñoso con propios y extraños, era no solo considerado en su tiempo como artista eminente, sino que-

rido de cuantos tuvieron la honra de conocerlo y de tratarlo, como nos manifiesta un distinguido artista, el académico D. Francisco Aznar.

Al morir dejó á sus hijas una modesta hacienda, fruto de su constante trabajo y de sus hábitos de moderación y orden, no muy común en su época, donde el desorden y el despilfarro parecían inseparables de la gente de arte.

D. Francisco profesó el culto del hogar, y en el seno de su entrañable familia compartió las delicias de su arte, sin osar en ninguna ocasión ni con motivo alguno, el mostrarse extravagante y desquilibriumado melenudo, como era la moda imperante entre los

artistas desordenados de aquella época.

Puede afirmarse que si nuestro paisano no hubiera poseído la cualidad de desinteresado que le caracterizó, y que también se hermanaba con sus bellas condiciones, hubiese legado una cuantiosa fortuna á sus hijas, pues las innumerables obras que ejecutó, y la fama de que gozó por tantos años, así lo exigían.

No fué D. Francisco Elías uno de tantos hijos ingratos con su pueblo natal, que al salir de pequeños y al verse encumbrados desdeñan el rincón en que vieron la luz primera, unos por desvío, otros por ingratitud, y los más por ocultar tal vez lo humilde de su linaje; no, por fortuna

no participó nuestro escultor de tan ruines y mezquinas pasiones, antes por el contrario, no tan solo honró á su pueblo con su presencia en varias ocasiones, allá por los años treinta y tantos, como recuerdan algunos ancianos haberlo visto gozándose entre sus paisanos, sin envanecimientos de enfatuaciones, sino que se gozaba en referir como debía á un venerable sacerdote el puesto que ocupaba; colmándole con su agradecimiento y honrando su memoria.

Los donativos de que tenemos noticias, como el San Blas para la parroquia, y la Cibeles para la fuente de la plaza, nos prueban su Soteñismo, y creemos, aunque no tengamos pruebas para afir-

marlo, que también fueron donaciones suyas el San Isidro y los Ángeles de la Custodia, de cuyas obras nos ocupamos en otro lugar de este incorrecto trabajo.



## V

### Diccionario Biográfico de Artistas Españoles.

Nada encuentro más elocuente para aquilatar el mérito del escultor Soteño, que recurrir al juicio sereno é imparcial de sus contemporáneos, pues en él encontramos desprovisto de apasionamientos, el reflejo de su labor analizada después de su muerte.

Nada más sujeto á error, y que pueda desviar el análisis, que re-

currir á los dritambos de la prensa para conocer el mérito de una personalidad determinada, cuando ésta actúa en medio de una atmósfera caldeada por las pasiones, siempre dispuestas ó á la adulación perniciosa que inutiliza en flor muchos ingenios, ó la perversa injusticia que anula y anonada al verdadero mérito.

Ante la muerte se acallan las pasiones, y el sereno juicio y la imparcialidad presiden al fallo que debe pronunciarse.

Tarea fácil sería para nosotros recurrir á las colecciones de los periódicos de la época á fin de tomar de ellos el juicio crítico que día á día y con motivo de su prolífica labor habría necesidad de hacer; pero hemos renunciado de

buen grado á esta clase de investigaciones, ateniéndonos única y exclusivamente á la crítica seria, con todas las de la ley, que cual suprema sanción de su positivo valer le han dedicado los técnicos después de su muerte.

En los anales del arte español figura nuestro paisano D. Francisco Elías ocupando uno de los más importantes lugares, y á ellos nos atenemos, más que por acatamiento respetuoso, por haberlos dictado la competencia y la imparcialidad.

En la Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX, de D. Manuel Ossorio y Bernard, secretario del Conservatorio de Artes, y publicada el año de 1868, encontramos para nuestro propó-

sito los preciosos datos que insertamos íntegros á continuación:

«Elías Vallejo (D. Francisco), escultor de crédito durante su larga y laboriosa carrera. Nació en Soto de Cameros en 1783 (1), y fué discípulo de las clases que sostenía la Real Academia de San Fernando.

»En el Concurso general de premios abierto por la misma en 1808 alcanzó Elías el segundo de la primera clase, mereciendo posteriormente, en 2 de Octubre de 1814, ser nombrado individuo de mérito de la misma corporación, trabajando con dicho motivo su grupo que representa *El Reto de*

---

(1) Como hemos dejado constado en los apuntes biográficos, está equivocada la fecha, pues la partida de bautismo indica un año antes, el 1782, el de su nacimiento.

*D. Rodrigo Téllez Girón al Moro Albayaldos delante de sus padrinos*, cuya obra conserva la citada Real Academia.

»En 7 de Octubre de 1818 fué agraciado con la plaza de Teniente Director de Escultura de dicha Academia.

»En 8 de Junio de 1830 con la de Director, y en 23 de Enero de 1841 alcanzó la superior de Director general de dicha Academia, en que desempeñó hasta su muerte la clase de composición y modelado por el natural.

»También dirigió la escuela de dibujo y modelado de la Platería de Martínez (1). Murió siendo es-

---

(1) La Fábrica de Martínez fué construída en 1792 por el arquitecto D. Carlos Bargas. Por pragmática real se dispuso que

cultor de Cámara, en 22 de Septiembre de 1858. »

Hablando de este artista el periódico *Las Bellas Artes* se expresa en estos términos:

«Su aplicación fué siempre extremada, su talento nada común, y su habilidad por todos reconocida, se hubiera manifestado de un modo para él más glorioso si hubiera nacido medio siglo más tarde.

»Sus obras no alcanzarán tal vez la reputación que merecen por el estilo en ellas seguido, el que

---

esta Fábrica fuese escuela de jóvenes que se dedicasen á la platería, bajo la inspección de la Junta general de moneda. Fernando VII le dispensó su protección, hasta que pasó á poder de la Compañía General «El Iris». De esta escuela salió el famoso platero y cincelador D. José Rodríguez de Arellano, que prosiguió las tradiciones de la platería española.—(Nota del Autor).

predominaba casi exclusivamente cuando se formó artista, no es el más conforme á la belleza tal como ésta se comprende hoy.

»Largo es el catálogo de las obras ejecutadas por Elías; deben citarse entre ellas los dos grupos que dedicó al fallecimiento de la Reina D.<sup>a</sup> María Amalia de Sajonia, representando el uno á la Reina en actitud suplicante conducida entre nubes al Cielo, en medio de la Esperanza y la Caridad; y el otro, el Tiempo entre la Fidelidad y el Amor conyugal rompiendo los lazos de Himeneo.

»La estatua de Hernán Cortés para el monumento levantado en 1829 en la Puerta del Sol, para la entrada de la Reina D.<sup>a</sup> María Cristina.

»El decorado de la Imprenta Real para las fiestas con que se solemnizó el nacimiento de la Reina D.<sup>a</sup> Isabel.

»Fueron de su mano los bustos de los Reyes, y á su pie tres genios presentándoles los atributos de la imprenta; y en el carro triunfal, costeado por el Ayuntamiento con motivo de dichas fiestas, el grupo alegórico de España presentando á Minerva á la recién nacida princesa Isabel.

»Para la jura de la misma labró el grupo, que también estuvo en la Imprenta Real, representando á la augusta princesa sentada en un trono en actitud de admitir la corona y el cetro de las Españas ofrecidos por Minerva.

»La figura de Hércules niño de

la fuente, llamada del triunfo de Hércules en Aranjuez.

»Una estatua de S. M. la Reina con la princesa de Asturias en los brazos.

»La cabeza, tamaño colosal, de la estatua del rey Josías, existente en el monasterio de San Lorenzo del Escorial, por haber sido destruída la primitiva por una exalación.

»El sencillo monumento de la Iglesia Parroquial de Gijón, que guarda las cenizas del ilustre Jovellanos, sobre la losa en forma de pedestal que contiene la inscripción, revélase en el frente de una pirámide truncada simétricamente á poco de elevarse, el busto del insigne patricio, y bajo él, agrupándose en bien distribuídos

trofeos, libros, papeles, plumas, la balanza de la justicia, la oliva de los fecundos y pacíficos triunfos y el laurel de la gloria.

» Los bajorelieves y capiteles de la fachada del Teatro del Instituto, hoy derribado, en unión de los escultores Fernández y Tomás.

» La estatua de la Beneficencia que estuvo colocada en la fachada principal.

» Trabajó también en unión de D. José Tomás el pedestal en que se halla colocada la estatua de Felipe IV, en la plaza de Oriente de Madrid. En los costados hay dos bajorelieves representando á Felipe IV condecorando á Velázquez con el hábito de Santiago; y al mismo Rey dispensando su protección á las Ciencias y las Artes.

En cada uno de los dos frentes una fuente que consiste en la estatua de un anciano simbolizando un río, que vierte sus aguas á unas conchas, que la derraman en el pilón grande.

»En el monumento cinerario del Dos de Mayo, labró, en unión de los escultores Tomás, Medina y Pérez, las estatuas y adornos.

»El busto de la Reina D.<sup>a</sup> María Josefa de Sajonia que se conserva en las salas de la Real Academia de San Fernando.

»Varios caballos de madera para la Real Armería.

»La Virgen con el niño, Jesucristo crucificado, y varios retratos y caprichos que figuraron en las Exposiciones públicas de 1837, 38 y 46 y otras.»

Hasta aquí el Diccionario Biográfico, donde vemos palmaria-mente reflejados la labor y el mérito de D. Francisco Elías, pero donde no constan la multitud de obras importantes de que no tiene noticia, y las numerosas que están distribuídas por todas partes sin que en ellas aparezca la firma del autor.

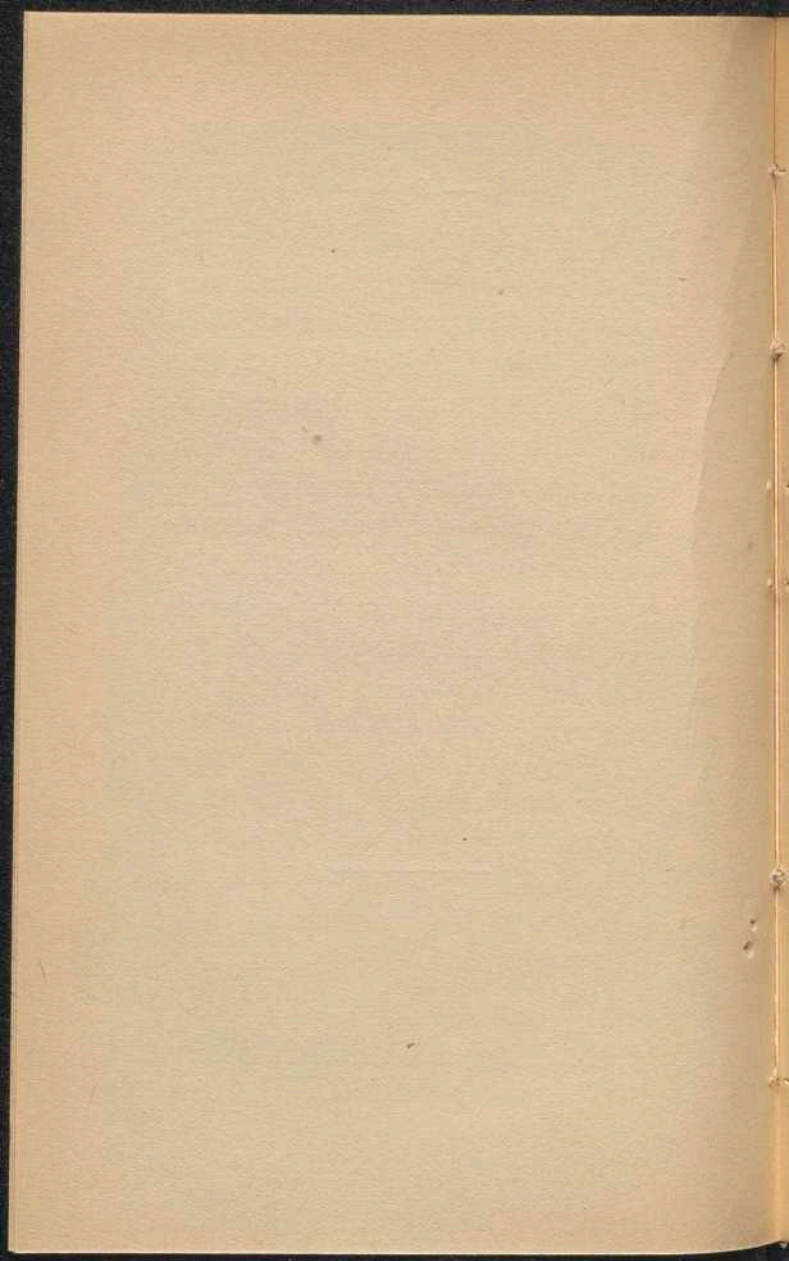
Los cambios radicales que han sufrido los museos desde aquella época, y el extravío y deterioro de la mayor parte de las obras, hacen impracticable la pesquisa que se intentara para encontrar las obras de D. Francisco Elías.

Con verdadero placer emprenderíamos este trabajo de investigación, sino hubiésemos probado en nuestros primeros pasos la im-

posibilidad de llevarlo á cabo con resultado ahora, debiéndonos contentar con exponer, aunque á la ligera, las obras que de nuestro artista conocemos, y que no figuran entre las que menciona el Diccionario Biográfico.

Otro tal vez con más fortuna que nosotros pueda encontrarlos, y así complementar hasta donde sea posible el catálogo, con lo que haría un importante servicio al arte patrio.

---



## V I

Labor artística.—Obras no conocidas.

Para apreciar debidamente la labor artística del escultor don Francisco Elías Vallejo durante la primera mitad del siglo XIX, es preciso tener en cuenta las condiciones especiales del escultor y el medio ambiente en que tuvo que actuar.

Nuestro paisano fué un artista de corazón, de verdadera raza, á quien la naturaleza sin extraños

estímulos, ni sugerencias imitativas, imprimió el sello característico que le fué peculiar en la ejecución de todas sus obras, sello original que ni cambia ni transforma, ni en nada se ve modificado por la acción del tiempo, ni por la influencia de la edad.

Nacido en un pueblo donde le era imposible formar sus aficiones por no encontrarse en él medio ambiente apropiado que pudiera estimularlas, tuvo que traer impreso al nacer la asimilación y la clarividencia del arte, á más de la exquisita sensibilidad que le permitiera el libre desarrollo de su inspiración.

En la escuela de San Fernando, y con profesores como D. Juan Adán y D. Manuel Alvarez, apren-

dió la técnica de la escultura, y formó su gusto artístico, siéndole suficientes aquellos estudios concienzudamente hechos, para poder brillar en el mundo del arte, sin tener que salir fuera de su patria, ni ir á inspirarse en las grandes concepciones que tan en abundancia brindan las escuelas y museos del extranjero.

No precisaba seguramente este estudio complementario quien tan soberana inspiración poseía y tan sólida erudición había adquirido, á ellas se atuvo, y á su exquisito gusto y fina observación se entregó, logrando obtener los lauros apetecidos y viéndose encumbrado á la más alta representación del arte en España.

El positivo mérito de D. Fran-

cisco Elías se aquilata más y más al considerar la seria y tenaz competencia que tendría que mantener, en medio de una pléyade de escultores de diversos temperamentos y variadas tendencias, que por su época bullían en Madrid; artistas de verdadero mérito entre los que sobresalían los Alvarez y Rougel, D. José Alvarez con su paso de las Termópilas y la Defensa de Zaragoza; los Agreda, de gran renombre; los Bellver con todo su prestigio; D. Ramón Barba, De la Oliva y Augusto Ferrán; los Hermosos D. Antonio y D. Diego; D. José Ginés, D. Angel Monasterio, Medina y Peñas; D. Francisco Pérez del Valle, Salvatierra y Barriales, autor del sepulcro del Carde-

nal de Borbón; los famosos don José Tomás y D. Francisco Tomás Roiger; así como Folch y Costa y D. Mateo Grate, y tantos y tantos otros como por aquella época demostraban las revelantes dotes en el arte, sus indiscutibles méritos, con aquel incesante chisporroteo de ideas con que se manifestaba el ideal artístico en nuestra patria.

Entre todos ellos ocupó lugar preferente el escultor Soteño, quien sin los prestigios que acompañan á los hijos de nobles familias, sin protectores encumbrados que le elevasen, sin vinculaciones sociales ni políticas que le sirvieran para escalar el templo de la gloria, con su solo esfuerzo y su talento, con su mérito y valer, lo-

gró hacer destacar su personalidad por nadie discutida y por todos celebrada, sin regateos ni distingos.

Con su autoridad en el arte, y con el prestigio de su posición académica, adquirió gran renombre la provincia de Logroño, que ya tenía la suerte de contar con artistas de mérito, entre los que sobresalieron como escultores don Esteban Agrega, nacido en Logroño, y D. Manuel Agreda, en la ciudad de Haro; D. Angel Monasterio, de Santo Domingo de la Calzada, y algo más posterior don Francisco Javier Gómez, hijo de Logroño.

Por la misma época sobresalieron como pintores notables don Isidoro Lozano, de Logroño, con

su obra San Pablo sorprendido por Nerón; con su María Pineda, y otras varias de mérito.

La Sierra de Cameros no podía faltar entre los representantes del ingenio y del talento de su provincia, pues de la sierra han salido desde muy antiguo quienes con brios sobrados, sostuvieron el prestigio de nuestra provincia y de nuestra nación.

De Pradillo de Cameros salieron pintores notables como los hermanos D Pedro Sáenz García, D. Benito y D. Angel; así como de Villanueva de Cameros, don Carlos Múgica y Pérez, artistas todos ellos de inspiración y nobles empeños, que hacen honor al terruño Camerano.

---

Nuestro paisano D. Francisco Elías tenía como nota distintiva el imprimir á sus obras un clasicismo de buena ley en la composición, y una elegancia y finura tales que basta analizar una de sus obras para poder distinguirlas entre todas las de la época. Nada de pesadez ni barroquismo, nada de vaguedades ni indecisiones se observa en ellas, dominan por el contrario la esbeltez, la serenidad majestuosa de las figuras, la corrección y pureza de las líneas, y el espíritu creador se irradia de todas ellas dándoles vida y movimiento, que son las condiciones salientes de toda obra artística de verdad.

En todas se echa de ver su rica fantasía, su serena inspira-

ción, que tan en armonía estaban entre las manifestaciones artísticas de aquella época; época revolucionaria de las Bellas Artes, donde clásicos y románticos libraban día á día encarnizadas batallas, impulsados por un secreto anhelo del arte que tendía á su progreso, secreto que se sintetizaba por romper los moldes tradicionales de la cultura helénica, de donde tantas obras inmortales han salido, y dejar paso libre á la fantasía sin trabas ni cortapisas; dar rienda suelta á la imaginación, para que, corriendo atropelladamente por los espacios del ensueño y del delirio, viniese á caer rendida de fatiga á los dominios de la verdad, á la expresión de la realidad.

Nuestro escultor, sin entrar en la contienda apasionada de sus contemporáneos, siguió consecuente, los derroteros que marcaran su gusto clásico y sus tendencias, sin que la transformación le influenciara en lo más mínimo, ni le contaminara durante su vida.

A los asuntos de la época siguió imprimiéndoles el sello de suprema distinción y clasicismo, y por eso era el preferido entre todos, cuando de algo grandioso se trataba en España, ya sea para festejar notables acontecimientos, como al tratar de inmortalizar los héroes de nuestra Independencia, así como al honrar á los personajes ilustres de nuestra patria.

Brillaba su inspiración helé-

nica en todas sus obras, y son modelos imperecederos las que se han conservado para honra del arte español.

---

Vamos á tratar de dar á conocer algunas de las obras que no figuran como exclusivamente debidas á nuestro paisano, y que hemos tenido la fortuna de poder atribuírselas con toda certeza y seguridad, gracias al conocimiento que de ellas tenían algún miembro de la familia y un distinguido artista de esta Corte.

No vamos á intentar hacer un juicio crítico de sus obras: para esto se precisaría una competencia que, desgraciadamente, estamos muy lejos de poseer; nos limitaremos á traducir nuestras

impresiones ante la contemplación de sus obras, impresiones ligerísimas, tal cual las sentimos, y que en manera alguna llevan la pretensión de crítica artística.

*Fuente de Neptuno.*—Aun cuando este ornamental monumento no sea obra del escultor D. Francisco Elías Vallejo, á éste se debe la primera restauración, y gracias á ella, el salón del Prado puede ostentar tan bellísima fuente.

Graves mutilaciones habíanle quitado su mérito y pureza, y no fué en verdad escasa de importancia artística la labor que llevó á cabo nuestro paisano para devolverle la hermosura y el encanto con que se la contempla.

*Monumento del Dos de Mayo.*—Como se indica en el Diccionario

Bibliográfico de Artistas españoles, este monumento es debido á D. Francisco Elías, en colaboración con los artistas Tomás Medina y Pérez, obra acerca de la cual nada podemos ni debemos decir, pues sobradamente juzgada por la crítica, y de todos tan conocida como apreciada, sería por demás ridículo tratar de ella.

Pero no podemos menos de hacer constar que es obra exclusiva del escultor Soteño el primoroso relieve que representa al pueblo español defendiendo su nacionalidad y su independencia, bajo la forma de un arrogante y hermoso león que, con fiero ademán defiende el escudo de España.

Parece que está por lanzarse sobre quien intentare acercarse al



escudo, y dispuesto á despedazar al osado.

No es este uno de tantos leones convencionales que tanto se han prodigado en escudos y trofeos, no; el que nuestro paisano labró para el monumento que guarda las cenizas de los héroes de la jornada del Dos de Mayo, es un león real, como aquellos mártires, con la fiereza que le es característica, fiel representación de aquella fiereza y denuedo de aquellos héroes.

En la postura y en el momento de lanzarse sobre el enemigo, con verdadera arrogancia, se ve claro el movimiento y el ambiente, completando la obra un detalle feliz y acabado, que realza más su mérito, y que constituye la parte más importante, la obra de arte

de más mérito que ostenta el obelisco.

*Pedestal de la estatua de Felipe IV.*—De todos es bien conocido y apreciado el pedestal más rico de ornamentación que tiene Madrid.

Sostiene la estatua del Rey Felipe IV en la plaza de Oriente, y como lo hace constar el Diccionario Bibliográfico, es obra debida á nuestro paisano D. Francisco Elías, en colaboración con el escultor Tomás, colaboración tan bien hermanada, que, como en otros monumentos, se revela el mérito de aquellos artistas especiales.

En este pedestal existen dos bajorelieves exclusivamente debidos á D. Francisco.

Rodeado el monumento por una verja circular que lo aisla, y contenido dentro de un bello jardín donde se elevan frondosos árboles, no es posible que se fije la atención en ellos, dado lo reducido de sus dimensiones, y en verdad que bien merecen que se les contemple, pues tienen una labor primorosa y un detalle esmeradísimo.

Las dos conocidas composiciones en que actúa el rey artista condecorando con el hábito de Santiago al gran Velázquez, y donde Felipe IV dispensa su protección á las ciencias y á las artes, están bien y felizmente concebidas las miniaturas de los retratos exactísimas y el todo de los bajorelieves, digno de figurar en el me-

jor monumento de esta índole que ostenta Madrid.

*La estatua de Talía.*—En la plaza de Isabel II, y en el centro de los jardinillos que le adornan, puede contemplarse una arrogante y soberbia estatua asentada sobre un menguado y mezquino pedestal; esta estatua representa á Talía, diosa de la Comedia y una de las tres gracias mitológicas, y en verdad que es graciosa y de sin igual belleza la estatua.

Líneas purísimas, que forman perfiles encantadores desde cualquier punto de vista que se la contemple; conjunto afortunado, que rivaliza con la esmerada labor en el detalle, y, en particular, el antifaz característico que sostiene en la mano, de un efecto primoroso.

Esta preciosa obra es debida al cincel de D. Francisco Elías Vallejo, y en verdad que responde cumplidamente á la factura artística del gran escultor, siempre clásico y elegante.

Lástima que no esté colocada á la altura que debiera tener para que se destacara con toda la arrogancia y suprema distinción helénica que el autor ha impreso en ella.

*Dos Deidades Mitológicas.*—En la misma plaza de Isabel II, y en la fachada trasera del Teatro Real, se pueden ver colocadas en las hornacinas laterales dos estatuas de corte clásico, labradas con primor y ricas en realidad de detalle, también debidas al escultor Sotelo, y probablemente sus últimas producciones.

Para poderlas apreciar debidamente, precisarían estar colocadas á mayor altura.

No se nota en estas estatuas la falta de vigor ni de inspiración que suelen acompañar por lo general á las obras de la ancianidad, antes por el contrario, está en ellas patente la *manera* del artista, sin claudicaciones ni desmayos.

*Busto del Rey Fernando VII.*— No se necesita en verdad gran perspicacia, ni hacer un detenido estudio, para saber que pertenece al escultor D. Francisco Elías Vallejo esta obra, que se encuentra en la Real Academia de San Fernando al lado del busto de la Reina D.<sup>a</sup> Amalia de Sajonia, también obra de nuestro artista.

El busto de Fernando VII es de

notable parecido, pero con un carácter marcadamente clásico; parece la cabeza del Deseado la de uno de tantos personajes griegos de pelo ensortijado, á quien no faltase más que la clámide distintiva para remontarse á las épocas de la cultura helénica.

Hasta aquí las obras de don Francisco Elías que hemos podido identificar en Madrid, y que seguramente no serán todas, pues un técnico conocedor del arte, y un ojo más perspicaz que el nuestro, encontrarían muchas más en los establecimientos públicos y centros docentes.

---

En el pueblo de Soto de Cameros, patria del escultor D. Fran-

cisco Elías, se encuentran algunas obras ejecutadas por él, siendo lo más probable que entre las numerosas de autor desconocido con que cuentan la Iglesia Parroquial, la Basílica del Cortijo, y las varias ermitas, se encuentren otras más del mismo escultor, y de las que no tenemos noticia alguna.

Las que el pueblo tiene la satisfacción de mostrar, debidas á don Francisco, son:

*Dos Angeles Alados.*—Estos ángeles están destinados para acompañar á la hermosa custodia de la Parroquia, están posternados con un fervor y unción tales, que sin poderlo remediar, cuando se les contempla acude á la memoria el recuerdo del célebre cuadro de Fray Angélico. *La Anunciación.*

El Arcangel San Gabriel en aquella tan espiritual postura demuestra en realidad que se encuentra delante de la Reina del Cielo, y por su porte y por el encanto que irradia se conoce enseguida su procedencia celestial.

Así encuentro en los ángeles de D. Francisco una irradiación divina, que solo una verdadera unción cristiana podría traducir, rostros de arcángeles que hubieran descendido del trono del Señor para acompañar al Sacramento.

Aquella actitud tan soberana y tan artística responden por completo al concepto divino que representan. ¡Qué ropajes!... ¡Qué naturalidad y elegancia en el plegado!... ¡Qué primor en el deta-

lle!... ¡Qué líneas tan purísimas!...

Bastarían estas obras por sí mismas para crear la reputación de un artista.

Joyas son que, cual inestimables reliquias, guarda el pueblo, y que con legítimo orgullo puede ostentar, para probar el mérito y valía de su escultor, que si mostraba su raro ingenio en la representación de las deidades clásicas paganas, sabía por igual dar forma y expresar el sentimiento cristiano con toda la sublimidad, con toda la excelsitud con que se comprende la divinidad.

*San Isidro.*—Otra de las obras que conserva la Parroquia es el San Isidro, que se venera en el altar de su nombre; está represen-

tado por un labrador sosteniendo en la mano una reja de arado.

La cabeza está primorosamente interpretada, vigor y acentuación de las líneas, corrección esmerada y naturalidad, notándose desde el primer momento que aquella fisonomía llena de bondad y honradez, sin estar calcada en la manera convencional de representar á los santos, demuestra un algo divino, que no es fenómeno sugestivo del altar, sino el sello del artista que llegó á representar fielmente el espíritu que encierra aquella figura bondadosa y real: representación que constituye el temible escollo donde se naufraga con tanta frecuencia, por no atenerse más que á la forma exclusivamente, y con ser hermosa

y fiel representación del modelo, éste queda como tal modelo, sin que pueda producir otra impresión distinta de la que produciría colocado el modelo vivo en un altar; profanación y raro contraste de que el arte nos presenta ejemplos por demás elocuentes.

La Purísima de Tiépolo, con ser un primor de ejecución, una riqueza de colorido y constituir una obra maestra de arte, no es ni puede ser nunca una Purísima, ni nadie la podría tomar por tal, porque en lugar de la unción divina y de la espiritualidad que Murillo supo imprimir á sus Purísimas, fiel y exacta representación del espíritu cristiano, vemos en la de Tiépolo una modelo desdeñosa, pagada de sí misma por

su hermosura, y por el papel excelso que trata de representar, y naturalmente la obra no resulta á pesar de todo el primor y encanto que encierra la tela.

Otro tanto puede decirse del Cristo de Goya, obra de extraordinario mérito, de gran valía, pero que nada simboliza, allí no se ve más que al hombre crucificado, al hombre modelo, sin que á través de su carnal envoltura se trasparente un Dios, sin que se irradie el espíritu del Cristianismo, tal como llegó á conseguirlo cumplidamente el gran Velázquez con su inapreciable obra de Cristo Crucificado.

Así nuestro escultor D. Francisco Elías imprimió á su San Isidro *un algo*, que constituye uno

de los grandes secretos del arte; un algo que revela la santidad de la figura de San Isidro, un soplo espiritual en una palabra, mezclado á la realidad primorosa del detalle que atesora la obra.

*San Blas.*—Esta obra fué encargada por la cofradía del mismo nombre; encuéntrase en la Iglesia Parroquial.

El santo está representado con hábitos de pontifical, con mitra y báculo; la figura es agradable, rostro sereno y lleno de dignidad, en la ejecución sobresalen los ornamentos de esmerada labor que denotan el estudio hecho á conciencia del natural.

*La Cibeles.*—Obra destinada para adorno y remate de la fuente de la plaza, como se dice en otro

lugar, fué destruída en pocos años.

Estaba tallada en madera y bronceada con esmero, hasta tal punto que solo al ser destruída pudo confirmarse el material en que estaba tallada, pues se creyó que era metálica.

No es posible más que acudir al recuerdo para su análisis; debió ser correcto y elegante á juzgar por la impresión tan agradable que dejó en el ánimo de todos: el perfil era en extremo elegante, y el ropaje me pareció á mí primoroso en verdad.

---

Estas son las únicas obras que conserva el pueblo de su artista,

pocas en verdad, pero lo suficientes, dado su mérito positivo, para demostrar que puede estar más que satisfecho el pueblo de Soto con haber tenido la felicidad de poderlo contar entre sus hijos.

Dada la conocida laboriosidad y trabajo incesante de nuestro escultor, es de creerse, con sobrado fundamento, que sean numerosísimas las obras suyas que estén esparcidas por todas partes causando el encanto y el deleite artístico, y que para descubrirlas sería preciso emprender pacientes y laboriosos trabajos de investigación, para cuya empresa nos falta competencia y dedicación.

De lamentar es que sean por nosotros, sus paisanos, ignoradas las obras de D. Francisco, y que

no podamos recrearnos con ellas; pero como el objeto principal de este trabajo era el de una justa reparación, de un desagravio á su memoria, creo, y no quisiera equivocarme, que lo hemos conseguido; pues podemos presentar á propios y extraños una figura eminentemente del arte patrio, para que su nombre y su memoria sean honrados cual lo merece su importancia, y también para dejar constancia de que alguna vez los pueblos suelen hacer justicia y ser agradecidos con sus hijos predilectos.

Obra meritoria sería, y de mucha honra para quien la emprendiera, el formar la galería de Soteros Ilustres, y sería entonces propicia la ocasión para hacer la

verdadera biografía de D. Francisco Elías, y sacar á luz las obras ignoradas de este artista.

Por mi parte, he dado cuanto buenamente puedo dar: buena voluntad, y empeño de que sean honrados mis paisanos; otros, con más alientos y condiciones, llevarán á cabo la empresa, y el pueblo sabrá agradecersele.

— FIN —

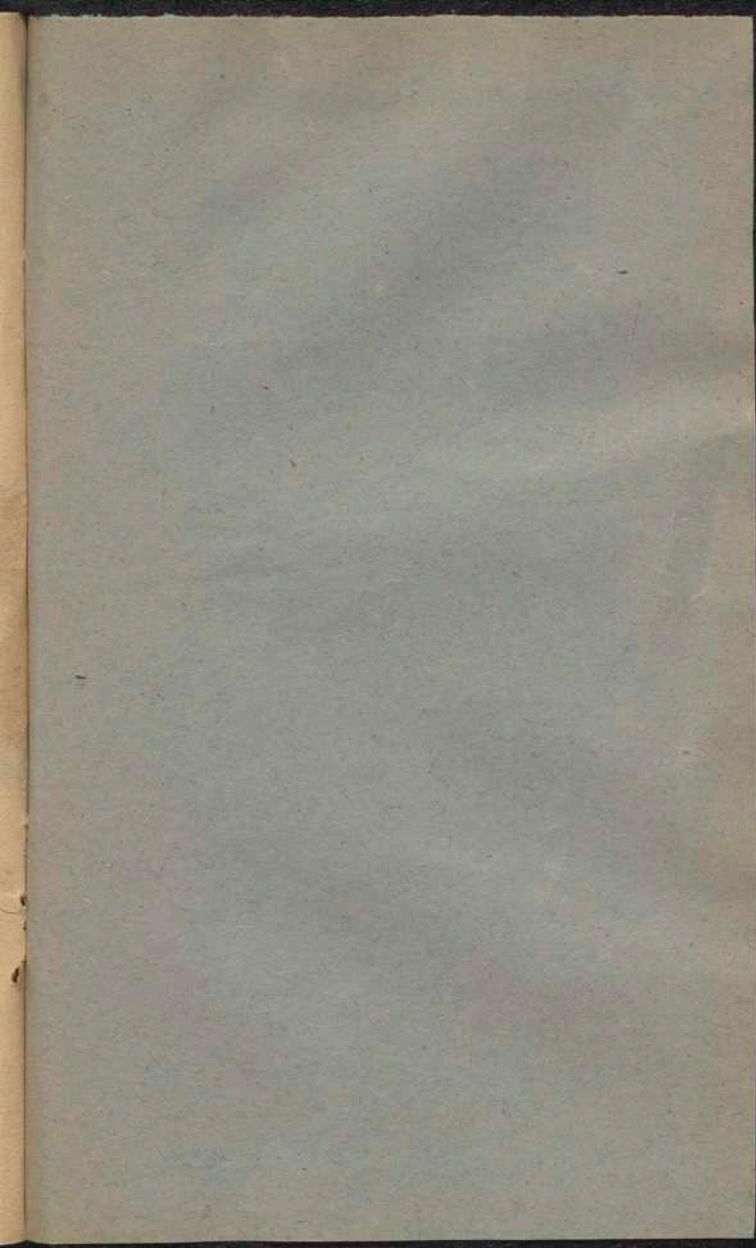
# ÍNDICE

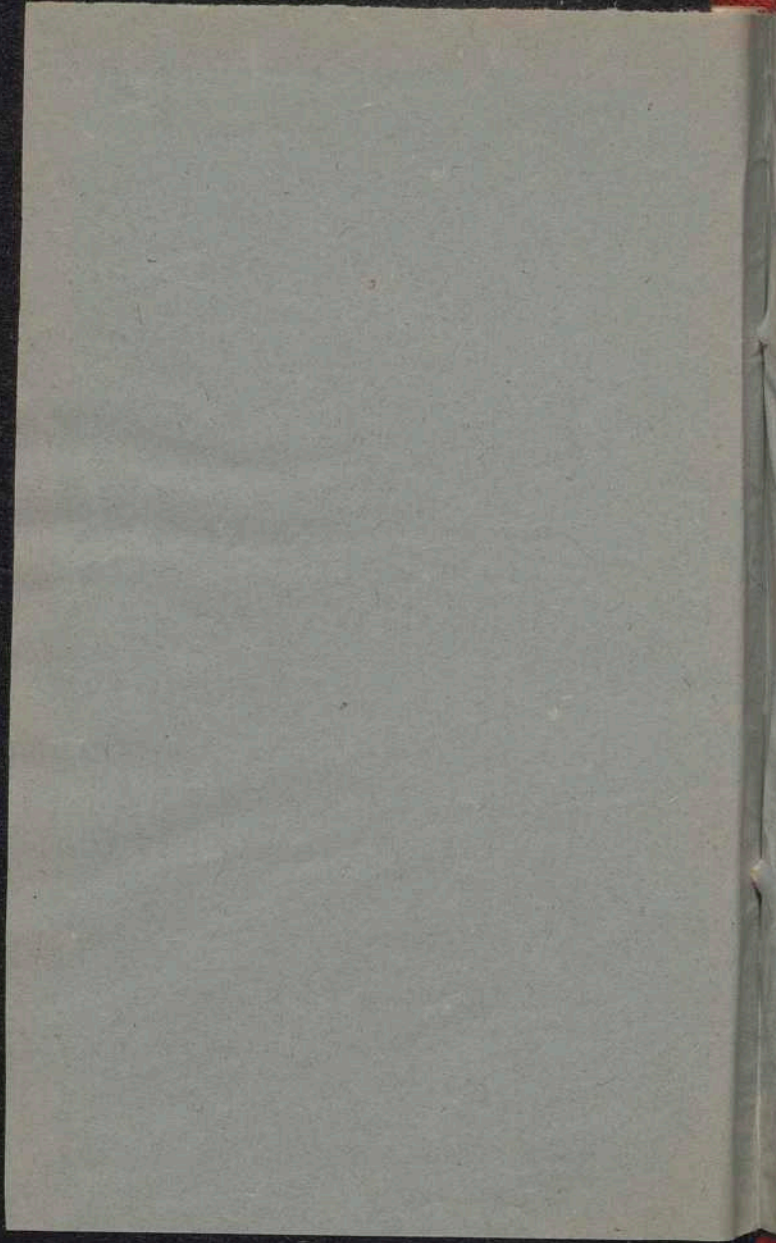
---

	<u>Págs.</u>
Recuerdo á la memoria de D. Francisco Elías.....	3
CAPÍTULO I.—El pueblo de Soto y sus hijos ilustres.....	5
CAP. II.—Profanación y desagravio..	19
CAP. III.—El arte y el artista.....	35
CAP. IV.—Noticias biográficas.....	53
CAP. V.—Diccionario biográfico de artistas españoles.....	75
CAP. VI.—Labor artística.—Obras no conocidas.....	89



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS  
BIBLIOTECA





C/108749

8035

